

## De la palabra a la acción

La primera semana de marzo de **1982**, al llegar a inicios de clases a la Escuela, nos encontramos con el anuncio de una reunión general extraordinaria con todos los profesores instalados en la sala de primer año. Los estudiantes comparecieron paulatinamente, intrigados por el motivo de la convocatoria, hasta quedar en silencio general cuando Godo se puso de pie y tomó la palabra. No recuerdo los detalles del argumento, aunque el sentido de lo dicho cobró una relevancia que ahora podemos reconocer: comunicar que había llegado el momento de realizar un viaje que involucrara a toda la Escuela para adentrarse en el Pacífico, haciendo *phalènes* en el mar.

A casi veinte años de la primera travesía, este planteamiento nos dejó tan desconcertados como extasiados, pensando en lo que significaba formar parte de una reedición de lo que hasta entonces conocíamos como el poema «Amereida» —basado en un viaje— y las correspondencias entre el mar interior de América y el océano Pacífico expuestas en los fundamentos de la Escuela. Sin saberlo a ciencia cierta asistíamos a un cambio radical: un planteamiento poético que no contenía ninguna indicación sobre la forma de hacerlo realidad.

Ese momento de abertura y aventura dentro del régimen habitual de los talleres, coincidió con el inicio de mi etapa de titulación, a cargo de Claudio Girola y Godofredo Iommi. De modo que lo planteado pasó con toda naturalidad a ser el tema a desarrollar en mi proyecto de título. Desde ahí, y en paralelo a los diferentes talleres en curso ese año, tanteamos las condiciones de factibilidad para realizar un viaje en barco para este grupo inmenso de estudiantes y profesores.

Transcurridos unos dos meses de incesante búsqueda, se consideró la posibilidad de hacer un

viaje de otra envergadura, mucho más discreto, a partir de la oportunidad de embarcarnos en la *Goleta Darwin*, que regularmente hacía el viaje entre Valparaíso y el archipiélago de Juan Fernández; sin embargo, las facilidades ofrecidas por el armador se limitaban al cupo de tres o cuatro personas. En consecuencia, a fines de mayo nos embarcamos los tres titulares del taller: Ivo Consolini, Hernán Valdés y yo, más José Prieto, arquitecto recién titulado que se incorporó de forma voluntaria.

El registro de ese viaje constó de bitácoras, dibujos y filmaciones en 8 mm (contábamos con tres rollos de tres minutos cada uno, que nos permitieron grabar nueve minutos de película que se revelaron en Buenos Aires). Filmamos el mar, las olas, los movimientos del barco reflejados en la cabina del piloto. A partir de ese material, Godo y Claudio se entusiasmaron con la posibilidad de hacer un segundo viaje, esta vez a la región de Copiapó. Claudio consiguió una cámara de video con Antonio Vicente y la indicación de Godo fue que en vez de filmar el paisaje, hiciéramos tres tipos de tomas: hacia el horizonte, en noventa grados contra el suelo y en noventa grados hacia el cielo. Al grupo inicial se incorporaron Francisca Mujica, Mario Miranda y Teresa Montero, con quien hicimos actos en las montañas y en la costa y muchos dibujos, condiciones sumamente abiertas para un taller de titulación en esa época.

El gran anuncio que hizo Godo para toda la Escuela, decantó para nosotros en esos dos viajes, cuya realización y posterior edición nos tomó dos años de experimentación y exploración, y fue contemporáneo al tiempo en que la Escuela entera se dio a hallar la forma de responder al ímpetu poético a través de las múltiples travesías iniciadas en 1984.

Alejandro Garretón Correa